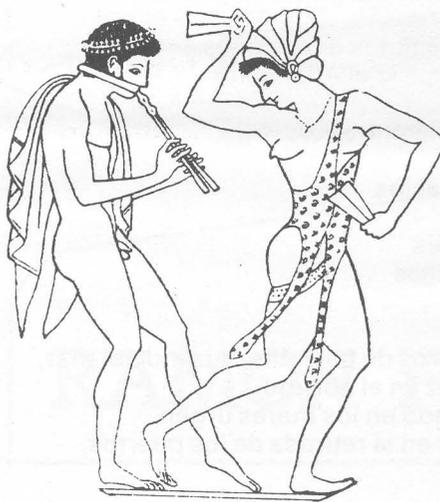


Se dice que la Danza fue la primera de las Artes Bellas. La Danza existe desde que el hombre se movió y caminó por la tierra, pues el andar requiere pose y equilibrio. Es opinión aceptada que la Danza comenzó como un ritual primitivo religioso y que se usaba también para expresar alegría o dolor.

Los elementos de la Danza son espacio, ritmo y cuerpos humanos. Una definición más correcta explica que la danza es el arte de componer pasos con gracia, precisión y facilidad, y ejecutarlos al tiempo y compás de música, instrumentos de percusión o canto.

El Ballet es el resultado de un



madre de Enrique III de Francia, trasladó la nueva modalidad a la corte francesa, con motivo de la boda Mlle. de Vaudemont, con el Duque de Joyeuse, que era *mignon* del Rey. Ese espectáculo esplendoroso, titulado "Ballet Cómico de la Reina", fue montado por Baldassarino de Belgiojoso, quien era mayordomo de la Reina madre Catalina, el cual luego asumió el nombre afrancesado de Baltasar de Beaujoyeux.

Primeramente los patrones coreográficos fueron horizontales. Según los bailarines progresaban en su técnica y se elevaban al espacio por medio de saltos, dichos patrones se tornaron verticales.

Historia de la Danza y el Ballet

riguroso entrenamiento académico y proviene de una civilización muy refinada: es la danza llevada a la universalidad, por ciertas normas y preceptos ajustados a una técnica definida, inspirada mayormente en propósitos dramáticos.

La enseñanza del Ballet nace de un patrón artístico que comienza con las cinco posiciones de los pies, instituidas por el maestro francés Pierre Beauchamp alrededor del año 1670, porque de esas posiciones pueden salir los pasos y piruetas con más facilidad que de ninguna otra postura. De dicho maestro también se derivan los nombres en francés de los pasos de ballet, que aun se usan en cualquier país del mundo en donde se imparte la enseñanza de ese arte, en el idioma original en el que fueron compuestos.

La confección de un ballet responde a un pensamiento geométrico y nunca es producto del instinto. Es una forma de entretenimiento teatral en el cual una técnica llamada danza de escuela ha evolucionado a través de cinco siglos. En ella se unen música, decorados y vestuario para crear obras de interés dramático, lírico, o puramente bailable.

El vocablo "clásico", o sea, "ballet clásico", es algo arbitrario. Denota un estilo de baile, más que una época. Debiera decirse mejor "ballet académico", o "danza de escuela", pero eso nunca ganó la aceptación popular. En un sentido

1

amplio, un ballet clásico está basado en la tradición académica, desarrollada a lo largo de los siglos en que ha existido. Distinto a la música, el drama o la pintura, el ballet

La Danza, es, en el tiempo, la primera de las Bellas Artes

no tiene un historial permanente. Su existencia se perpetúa a través del contacto directo entre profesor y alumno, de generación en generación. Pese a que existen sistemas de anotación coreográfica, aun prevalece ese contacto directo, que sigue siendo el más popular y aceptado. Pero en esta era de maravillosas invenciones y descubrimientos electrónicos, es fácil registrar en película o en video cualquier obra artística.

El Ballet comenzó en 1489 como un banquete coreográfico, celebrado en el Castillo de Sforza en Milán, Italia, con motivo de la boda de Galdrique, Duque de Milán, con Isabel de Aragón. Casi un siglo después, en 1581, Catalina de Médici,

En Francia, el ballet tomó auge primeramente entre los caballeros de noble estirpe, ya que las damas estaban vedadas de tomar parte activa en esos espectáculos, lo mismo que la clase pobre. Años más tarde, el más dedicado practicante de la nueva modalidad danzante fue Luis XIV, el Rey Sol, quien bajo su reinado (1643-1716) comisionó infinidad de festejos llamados "ballet de cour" (ballet de la corte) en los que él mismo tomaba parte desde los doce años. Esos espectáculos, que a veces duraban hasta trece horas consecutivas, no se presentaban en teatros, sino en salones palaciegos, y combinaban recitativos, coros y bailables, cosa que aun se hacía muchos años más tarde, cuando un ballet se presentaba en el mismo programa que una ópera. Aquellos interludios danzarios se llamaban "entrees" (o entradas). Los participantes eran miembros de la nobleza y las evoluciones consistían en sarabandas, gallardas y minuets. Los artistas profesionales no fueron aceptados por la Corte hasta 1659. Cuatro años más tarde el Parlamento francés estableció la Academia Real de la Danza, que es la progenitora directa de la Opera de París de hoy día. De ahí surgió el maestro Beauchamps, mencionado anteriormente por ser el iniciador de las cinco posiciones primordiales de los pies. El director de la Opera era entonces Jean-Baptiste Lully, a quien sólo se le recuerda como compositor, pero él fue uno

de los mayores propulsores del ballet en Francia. También por esa época componía música para los bailables, Jean-Phillippe Rameau.

Uno de los primeros grandes maestros de la Opera fue Louis Duprè, y sus dos más famosos discípulos fueron Cayetano Vestris y Jean-Georges Noverre.

Cayetano Vestris era miembro de una familia distinguida de bailarines italianos que dominaron la Opera desde los días de Mme. Pompadour, a través de la revolución francesa, hasta la era Napoleónica.

Pero aunque otros bailarines surgieron también en esa época, ninguno tuvo la fama de Cayetano Vestris, que tenía una técnica prodigiosa y a quien se le llamaba y se recuerda aun hoy día, como el "dios de la danza". Su hijo Augusto, también heredó el sobrenombre ya que era tan excelente bailarín como su

padre e igualmente engreído.

La Opera existió por doce años antes de que ninguna bailarina fuera permitida en el escenario. Las dos primeras que actuaron allí como profesionales, fueron Mlle. de Lafontaine y Mlle. de Subligny. Después de ellas, otras bailarinas acapararon la atención del público y algunas de ellas han sido inmortalizadas en medallones de Boulanger, que adornan el techo del "Fo-

El Ballet comenzó en 1489

como un banquete coreográfico,
celebrado en el castillo Sforza de Milán

yer de la Danse" de la Opera, en París. Las más famosas fueron María Sallé; Anna-Marie Cupis de Camargo, quien fue la primera en acortar la saya, para enseñar las proezas que podía ejecutar con los pies, Anna Heinel y Marie Allard, esta última, madre de Augusto Vestris.

Marie Allard era bella, joven, buena bailarina y famosa, más que nada, por sus pecadillos amorosos. Su debut en la Opera tuvo que ser pospuesto por encontrarse encinta. Jean Dauverbal, bailarín y eminente coreógrafo de esa época, autor del ballet "La Fille mal gardeè", que aun existe en el repertorio de algunas compañías contemporáneas, dijo un día, viendo bailar a Vestris, hijo: "No fue mi hijo, por cinco minutos de diferencia". Augusto Vestris era también conocido como Vestr'Allard, pero él sentía tal amor por su madrastra, la bailarina alemana Anna Heinel, que en su certificado de matrimonio aparece el nombre de la Heinel, como si fuera su madre natural.

Al mejorarse la técnica de los bailarines, los coreógrafos desarrollaban nuevas formas danzarias. La más importante reforma de ese periodo fue el "ballet de acción" en el que se buscaba una coherencia narrativa, contraria al ballet "por entradas" que era como se había practicado hasta entonces.

El principal impulsor de ese nuevo género fue Jean-George Noverre, quien fuera profesor de María Antonieta en su niñez, en la corte de Austria. Cuando María Antonieta fue Reina de Francia, consiguió que Noverre fuera maestro de ballet de la Escuela de la Opera.

Pero el logro mayor de Noverre, lo cual le dió una posición prominente en el historial del ballet, es su tratado titulado "Carta sobre la danza y el ballet", publicado en 1760. Noverre sacó al ballet del formato de meros "divertissements", dándole acción dramática. Su contribución al desarrollo de la danza ha sido extraordinaria, pero también tuvo sus detractores. Uno de ellos fue el compositor Mozart, quien escribió para él "Les Petit



Historia de la Danza y el Ballet

Riens" y enjuició a Noverre como musicalmente deficiente. No obstante eso, Noverre vivió para ver muchas de sus reformas adoptadas y varias décadas después de la Revolución Francesa, tal como él lo había idealizado, los trajes para bailar se volvieron ligeros y flotantes y a las zapatillas se le suprimieron los tacones. Al final del siglo XVIII, los ballets heroicos estuvieron muy de moda. El maestro de ese género, el coreógrafo italiano Salvatore Viganò, era un discípulo de Noverre, que puso en práctica las ideas de su maestro y las amplió aun más. Viganò creaba espectáculos en grande y en vez de alternar la mímica con la música, combinaba ambas en un continuo desarrollo del movimiento dramático. Beethoven escribió para él "Las criaturas de Prometeo".

Después de él, Carlo Blasis inició el entrenamiento en la "barrera" y con ello, dió comienzo la generación de las técnicas prodigiosas. Un italiano llamado Vicenzo Galleotti, establecido en Dinamarca, inició la tradición danesa en la danza clásica. Posteriormente el francés Antoine Bournonville radicó allá también y su hijo Augusto, que nació en Copenhague y había sido entrenado en la Ópera de París, regresó a su patria para ser maestro por largos años de la Academia Real danesa de ballet. Bournonville, con su enorme inventiva, creó todo un estilo danzario que ha sido celosamente preservado intacto hasta nuestros días por el Real Ballet Danés. El máximo exponente de este estilo, en esta era, fue el bailarín Erik Bruhn, reconocido como el "danseur noble" por excelencia, el cual se retiró recientemente.

El sueco Charles Didelot probó fortuna con los rusos, ya que no le fue posible ingresar en la ópera, por el monopolio allí ejercido por los Vestris, y por Pierre y Maximiliano Gardel. Además del aporte de Didelot al desarrollo de la danza en Rusia, se le recuerda por haber usado en sus ballets un truco que deslumbraba al público de aquella lejana época: Suspende a los bailarines por la cintura, y pasearlos por el aire en el escenario, como si volaran.

La era romántica, desde su inicio a sus postrimerías, abarca un largo e importante periodo de



tiempo, por lo cual merece ser tratada por separado.

A partir aproximadamente de 1870, el ballet comienza a tomar una importancia definitiva en Rusia, sobre todo en San Petersburgo (hoy llamado Leningrado) cuando fue nombrado maestro el coreógrafo del Teatro Maryinsky (hoy Kirov) y de la Escuela Imperial Rusa, el famoso profesor marsellés Marius Petipa. Petipa llegó a Rusia en 1857 y se convirtió en el dictador absoluto del ballet ruso hasta su muerte, en 1910, aunque en sus últimos años, fue disminuído de categoría por lo que murió lleno de amargura. Sus ballets de largo metraje, que fueron más de sesenta, llenaban por sí solos un programa. Pero los tres compuestos en asociación con el compositor Pedro Tchaikowsky, que fueron "La Bella Durmiente" en 1890, "Cascanueces" en 1892 y "Lago de Cisnes" en 1895 (—estos dos últimos en colaboración con el coreógrafo ruso Lev Ivanov—) son los que han perdurado, con algunas revisiones y licencias de otros coreógrafos y el concepto actual del clasisismo, está basado en ellos.

Aunque los coreógrafos de aquel tiempo, no le daban gran importancia a la música de los ballets, Petipa colaboró estrechamente con Tchaikowsky, sobre todo en la música de "La Bella Durmiente", que fue escrita según los requerimientos específicos del coreógrafo y ese fue el primer ballet en tener una

partitura de importancia musical.

En "Cascanueces" se introdujo por primera vez el uso de la *celesta*. "Lago de Cisnes" había sido estrenado en 1877 con coreografía de otro autor, pero después de muerto Tchaikowsky, sus óperas empezaron a despertar interés, y Petipa decidió hacer "El Lago" de nuevo. Su re-estreno en 1895 fue un éxito instantáneo y ha llegado a nuestros días como el ballet clásico-romántico favorito de todos los públicos a través de todos los tiempos.

Otros dos ballets más de Petipa han sido revividos recientemente: "Don Quijote" y "La Bayadere" ambos con la música del compositor vienés Ludwig Minkus.

Marius Petipa es, sin duda alguna, el padre del ballet como ha llegado a nuestra era.

El ballet, como se ve, no ha sido una invención rusa, como muchos han llegado a creer. Este nació en Italia, creció en Francia y pasando por Londres se emancipó en Rusia, como dice el adagio popular. Llegó a Rusia exportado de Francia, y las brillantes bailarinas italianas estrenadas en la Ópera, fueron quienes con sus actuaciones en Rusia sentaron la pauta y la base para el método actual, que es una mezcla de la delicadeza y elegancia del francés, de la fortaleza y destreza de los italianos y el temperamento y pasión de los rusos.

Al finalizar este siglo había infinidad de italianos actuando en Ru-

sia, que arrebatan al público. El renombrado pedagogo Enrico Cecchetti era uno de ellos, fue el creador de un método de enseñanza que aun se practica en nuestros días. La cosecha de bailarines nativos rusos ya comenzaba a destacarse, y entre ellas estaban Matilde Kchessinska, amante del último Zar de Rusia cuando éste era su "amado Niki", el Zarevitch, y Olga Preobrajenska, quien junto con Kchessinska estrenara toda una generación de bailarinas, durante sus años de exilio después de la revolución bolchevique. Y apenas empezaban a destacarse entonces en San Petersburgo también, los recién graduados de la Escuela Imperial Rusa: Anna Pavlova, Vaslav Nijinsky y Tamara Karsavina.

En los comienzos del Siglo XX, el ballet se hallaba en un estado crítico. Moribundo en todas partes del mundo, excepto Rusia, aun allí había caído en una brillante monotonía. Petipa llevaba muchos años como dictador absoluto y no alentaba la búsqueda de talento renovador y fresco, que le insuflara nueva vida a las coreografías. Lo que antes era espontáneo e inspirado se había convertido en una fórmula banal, vista y repetida hasta la saciedad.

Pero estaba llegando el alba del Ballet Russe, y este fenómeno y la occidentalización de ese arte, se debió más que nada a la inspiración



que produjo la bailarina italiana Virginia Zucchi, sobre un grupo de jóvenes intelectuales residentes en San Petersburgo, que se llamaban a sí mismos, jocosamente, los "Pickwickians". Ese grupo alentaba el precepto de "el arte por amor al arte" y su impulsor mayor era el renombrado productor ruso Sergei Diaghilev. Diaghilev se convirtió en poco tiempo en un mecenas del arte, con el dinero ajeno, ya que él no lo tenía. Sin ser de la nobleza, se codeaba con toda la alta aristocracia de San Petersburgo, ya que su porte era impecable y distinguido. Además, su talento directo no tenía paralelos, y gracias a Diaghilev, el mundo occidental conoció al ballet ruso, y ese arte, que en Rusia ya estaba decadente, se revitalizó y tomó un nuevo derrotero.

La visita de Isadora Duncan a San Petersburgo en 1905, presentando danza libre y naturalista, ejerció gran influencia sobre los "Pickwickians" y aunque éstos no estaban dispuestos a abrazar totalmente la doctrina revolucionaria de la Duncan, quisieron usar sus descubrimientos. En 1907, encabezados por Diaghilev, los "Pickwickians" organizaron una exhibición de pintura rusa en París. Por el éxito alcanzado, regresaron en 1908, esta vez con la ópera rusa "Boris Godunov" de Moussorgsky, que propició el debut del bajo Feodor Chaliapin. El éxito volvió a repetirse con creces, lo que motivó el regreso a París nuevamente al año siguiente, esta vez para ofrecer la primera temporada de Ballets Russes, en el Teatro Chatelet, con los solistas Anna Pa-

vlova, Vaslav Nijinsky y Tamara Karsavina, todos con licencia del Ballet Imperial Ruso del Teatro Maryinsky de San Petersburgo.

Pero si el público de París se arrebató con las nuevas estrellas de la danza, no es menos cierto que el coreógrafo Michel Fokine, que era el creador del repertorio, fue también el héroe del momento.

A Fokine se le había dado poca oportunidad de creación en el Maryinsky, por el monopolio que ejercía Marius Petipa dentro del Ballet Imperial. Pero ya Fokine había formulado sus principios y reformas de la danza clásica, aunque éstos no se publicaron oficialmente hasta 1914. Los más importantes eran los que estipulaban que había que "crear en cada caso una nueva forma de movimiento" y "aliar la danza con otras artes". En esa alianza entraba en juego el talento creativo de algunos de los "Pickwickians", ya que varios de ellos eran diseñadores y escritores.

Las obras de Fokine que se presentaron en aquella primera temporada y que encantaron al público de París, fueron: "La Pavillon d'Armide" con música de Tcherepnin; "Las Sifides" de Chopin; "Príncipe Igor" de Borodine y "Cleopatra", de varios compositores rusos. Fokine vivió hasta 1942, año en que murió en la ciudad de New York. Su coreografía sentó pautas y cambió el patrón de la danza de escuela y fue, sin duda alguna, uno de los grandes talentos de este siglo.

CELIDA PARERA